

Robert SKIDELSKY, *El regreso de Keynes*, Barcelona, Crítica, 2009, 249 pp.

Que el autor de esta obra lo sea también de la acreditada biografía de Keynes en tres volúmenes (1983, 1992, 2000) es, de entrada, una circunstancia que permite esperar un libro escrito con conocimiento de causa, en el que cabe encontrar observaciones atinadas y opiniones fundamentadas. Esta reseña no puede hacer justicia a todos los aspectos interesantes del libro, que es realmente un mosaico de consideraciones, lo cual, por cierto, encaja muy bien en la propia personalidad de Keynes. Tal vez habría que dejar claro desde el principio que Skidelsky no oculta en absoluto el alto concepto en que tiene a Keynes, y, a su vez, quien firma esta reseña tampoco quiere ocultar el respeto que le merecen Keynes y Skidelsky. También vale la pena destacar que el autor declara que no es un economista profesional, sino más bien “un historiador que sabe leer y escribir sobre economía” (p. 10). Ello tiene más ventajas que inconvenientes, en cuanto que le permite tomar distancia crítica respecto de la cosmovisión de los economistas. Dicho esto, cabría destacar el sentido de oportunidad que muestra el autor al aprovechar el contexto de la formidable crisis que afecta a la economía mundial para recuperar la figura y las ideas de quien fuera el economista más importante del siglo XX, tratando de utilizarlas a modo de inspiración para una ciencia y una política económicas adecuadas en la época actual.

La obra se estructura en tres partes. En la primera (“La crisis”), un primer capítulo ofrece una síntesis de la crisis –y la recesión mundial subsiguiente–, causada según creencia extendida por el fallo técnico de los modelos de gestión del riesgo, síntesis que es un relato de hechos conocidos, aunque desliza afirmaciones contundentes de índole más bien moral, como, por ejemplo, cuando dice: “Nunca en la historia de las finanzas se había otorgado un espacio tan grande a la avaricia” (p. 26). Pero el segundo capítulo adquiere un tono crítico decidido de algunas teorías de la ciencia económica dominante, señalando su relación con la aparición y desarrollo de la crisis. No es fácil esbozar un panorama sucinto y plausible de la teoría económica actual, campo cada vez más complejo y discutible, y Skidelsky no ignora la dificultad y reconoce el inevitable esquematismo de tal tarea. Pero ya en el prefacio ha dejado muy clara su visión crítica de la economía, a la que ve “como una disciplina fundamentalmente regresiva, que disfraza esa naturaleza que le es propia con un sofisticado aparato matemático y estadístico” (p. 11). En la introducción ha afirmado que la causa esencial de la crisis se halla en el fracaso intelectual de la economía; más en concreto, “fueron las ideas equivocadas de los economistas las que legitimaron la desregulación de las finanzas ... [y fue ésta] la que llevó a la explosión de crédito que ha producido la crisis del crédito” (p. 15). Con esta posición de fondo pasa revista a teorías tales como la de las expectativas racionales, la del ciclo económico real y, sobre todo, la del mercado eficiente, considerando

que ocupan un lugar central en la economía contemporánea. Naturalmente, estos puntos de vista críticos serán compartidos por unos y rechazados por una cierta mayoría de los economistas del mundo, que ciertamente se han formado en la teoría económica que se enseña en la mayor parte de las facultades de economía.

Es en la segunda parte (“Ascenso y caída de la economía keynesiana”) donde el autor puede hablar con mayor autoridad. En su primer capítulo, especialmente interesante, se analiza la personalidad de Keynes, poniendo de manifiesto una idea que el biógrafo del economista británico reiterará en otros lugares de esta obra: “Siempre tuvo muy claro que la persecución de la riqueza era un medio, no un fin, y que el fin era vivir ‘sabiamemente, agradablemente y bien’” (p. 75). Aquí se hacen algunas afirmaciones pertinentes: Keynes fue más que un economista (contra quienes le critican de no ser propiamente un economista); en su biografía, Skidelsky calificó a Keynes de “economista insólito”, pero ahora va más allá y afirma que “en el fondo, no era un economista, en absoluto” (p. 79) (es muy recomendable la lectura de todo el párrafo). No fue revolucionario, sino evolucionista. Estuvo dotado de poder de persuasión (aunque al principio de su actividad pública se lamentara de no ser escuchado), como también lo estuvo Friedman y hoy lo están Krugman y Stiglitz. El segundo capítulo de esta parte –el 4– se refiere a la teoría económica de Keynes, y en él se destacan el concepto y el papel de la *incertidumbre*. Skidelsky insiste en que la incertidumbre domina la teoría económica de Keynes, y más adelante destacará la distinción que hizo Keynes entre incertidumbre y riesgo, distinción que la teoría posterior ha eliminado. Unas pocas páginas más adelante aparece otra afirmación que saldrá a relucir en más ocasiones, la de que Keynes consideraba la economía como una ciencia moral y no como una ciencia natural, apreciación extraordinariamente significativa.

En el último capítulo de esta parte –el 5– el autor se plantea la ambiciosa pregunta de si la revolución keynesiana fue un éxito o un fracaso. En este capítulo, el autor muestra una panorámica de los principales desarrollos teóricos habidos desde la difusión de la *Teoría general* para llegar a otra de las frases que definen nítidamente su opinión: “La corriente dominante de la economía actual, desarrollando las matemáticas y abandonando el sentido común, está más alejada que nunca de la economía de Keynes” (p. 136). Skidelsky no se recata: “Lo que hemos descrito en los dos últimos capítulos es un largo viaje del absurdo al absurdo, con la revolución keynesiana como un intermedio de sentido común” (p. 139). Cuestión difícil, si no imposible, la de dilucidar si la revolución keynesiana tuvo éxito o fracasó, ya que la respuesta depende de puntos de vista que estarán mejor o peor fundamentados y no es posible alcanzar una demostración inapelable al respecto; máxime cuando la opinión de Skidelsky se apoya en un análisis estadístico, que, según nos informa el autor, es obra de uno de los investigadores del *Centre for Global Studies*, Christian Westerlind Wiggstrom. Es interesante, aunque puede discutirse, la comparación que se realiza entre la era keynesiana (Bretton Woods, 1951-1973) y la era poskeynesiana (consenso de Washington, de la década de 1980 hasta la actualidad). Se analiza la evolución del PIB real, de las tasas de paro, de la inestabilidad del crecimiento, de la de los tipos de cambio, de la inflación y de la desigualdad, para llegar a la conclusión, todo lo matizada que se quiera, de que “en el primer periodo hubo menos desempleo, más crecimiento, menor inestabilidad de los tipos de cambio y menor desigualdad” (p. 151). Skidelsky se pregunta en qué medida los éxitos y fracasos de la denominada “edad de oro” fueron resultado de las teorías keynesianas y responde que esa medida es mayor en los éxitos que en los fracasos.

La tercera parte, que lleva el mismo título que el libro, es la más original de la obra, la que muestra aspectos de Keynes que son menos conocidos por quienes piensan en él como economista; en un primer capítulo –el 6, en el que el autor reconoce que su hijo Edward ha mejorado su comprensión de Keynes como moralista– se aborda el tema de la ética del capitalismo. Según Skidelsky, las reflexiones de Keynes sobre ética y economía pueden considerarse en cuatro apartados: la relación entre riqueza y bondad (aquí se sintetizan las enseñanzas de Moore, que tanto influyeron en el joven Keynes), la psicología de la creación de riqueza, el papel de la justicia en economía y el lugar de la religión en la vida económica. Al hablar de la justicia, el autor se refiere a la vieja idea del “precio justo”, basado en la justicia en el intercambio, y afirma que esta idea sigue muy viva en la mentalidad popular. El único punto de esta obra en el que tal vez cabría discrepar es cuando Skidelsky dice que, a diferencia de lo que ha sucedido en relación con los astronómicos ingresos de algunos directivos bancarios, “no oímos grandes protestas contra los enormes ingresos de artistas o futbolistas” (pp. 173-174); no estamos tan seguros de ello en el último caso, sin citar nombres... En un segundo capítulo –el 7– se contempla la política de Keynes, destacando que “la prudencia es la idea que subyace en la filosofía política de Keynes, y la tomó del filósofo político del siglo XVIII Edmund Burke” (p. 183), sobre el cual el joven Keynes –tenía 22 años– escribió un notable ensayo.

En el último capítulo es donde Skidelsky propone unas reflexiones más personales y, por tanto, más subjetivas y discutibles: “La crisis económica actual es un gran fracaso del sistema de mercado” (p. 195). Triple fracaso: institucional (“los bancos se transformaron de empresas públicas en casinos” porque ellos, sus reguladores y los *policy-makers* sucumbieron ante la hipótesis del mercado eficiente), intelectual (“el fracaso de los mercados ha marginado a la propia teoría económica”, p. 196) y moral (“sistema construido sobre una deuda desorbitada”). Skidelsky se pregunta qué sistema intentaría instaurar Keynes hoy y afirma que “buena parte de lo que digo es una extrapolación de lo que él podría haber pensado si hubiera vivido en los últimos sesenta años” (p. 200). Las recomendaciones del autor pasan por la domesticación de las finanzas y Skidelsky desgrana algunas reflexiones sobre la política macroeconómica, la superabundancia de ahorro y los límites normativos que habría que poner a la globalización. Nuevamente vuelve el autor a ser tajante: “por razones de prudencia, Keynes no habría sido un globalizador entusiasta” (p. 213). Desconfiaba del préstamo exterior, prefería la inversión interior, fue proteccionista en los peores momentos de la crisis y atribuyó un valor creciente a la variedad de la vida económica. Skidelsky sugiere dos reformas en la manera de enseñar la economía en las universidades: 1) dotar de una base amplia a los cursos previos a la licenciatura, incorporando a los currículos no sólo micro y macroeconomía, sino también historia económica y política, historia del pensamiento económico, filosofía moral, sociología y política; y 2) separa los posgrados de micro y macroeconomía (véanse mayores detalles en el segundo párrafo de la p. 218). Impagable es la opinión de Oswald Falk, amigo de Keynes, como penetrante análisis de la mentalidad de éste (p. 221).

Podríamos terminar citando de nuevo a Skidelsky: “No acudimos a Keynes para que nos hable de políticas de estímulo, sino para que nos inspire en relación con el orden mundial emergente” (p. 221).